

Con María, Mujer en camino

Mis queridas hermanas:

El Instituto ha celebrado con gratitud, el 14 de noviembre de 1877, los 140 años del primer envío misionero de las Hijas de María Auxiliadora. Este evento no es sólo del pasado sino que sigue iluminando nuestro presente y constituye el horizonte del futuro del Instituto que, mientras sea misionero, seguirá creciendo. Estas valientes misioneras partieron con María y lograron irradiar el amor hacia Ella en el corazón de tantos niños, jóvenes y adultos. La Virgen María fue su confidente, la Madre, la Auxiliadora, la Maestra y la Guía. Secó sus lágrimas en los momentos de nostalgia y las animó a mantener vivo el fuego del amor de Dios y el impulso del *da mihi animas cetera tolle* vivido en Mornese.

María Auxiliadora ha sido siempre una presencia silenciosa pero activa en nuestro Instituto. Muchas jóvenes han optado por seguir la llamada a la vida religiosa después de haber vivido experiencias de espiritualidad mariana en la oración, en los grupos, en diversos encuentros pero, sobre todo, después de haber encontrado Hijas de María Auxiliadora que les han “hablado” de María con el testimonio y la alegría de la vocación salesiana.

En esta circular, con sencillez y confianza, comparto con vosotras algunas experiencias de la vida de María que considero significativas para seguir *caminando con ella, para encontrar y servir a las hermanas, a las jóvenes y a los jóvenes con corazón misionero y hacer crecer su alegría*.

Un camino de novedad

La imagen de María en camino aparece claramente evidenciada en los Evangelios y es fuente continua de inspiración para la Iglesia. María camina, sale de casa, posiblemente mucho más que cualquiera de las mujeres de su tiempo. Basta pensar en los viajes arriesgados de Nazaret a Ain Karim, a Belén, a Jerusalén, a Egipto. Pero este paso suyo por los caminos de Palestina y de un país desconocido como Egipto, es precedido y acompañado de una actitud interior aún más intensa. Toda su vida es un camino, una peregrinación de la fe (cf LG, n. 58).

No sólo María es mujer en camino, sino que ella misma es camino que conduce a Jesús, Aquel que es el Camino definitivo hacia el Padre. Más aún, se pone en camino con nosotros: «Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en medio de peligros y preocupaciones, hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada» (LG, n. 62).

Puede parecer una contradicción, pero la primera imagen de María que nos presentan los Evangelios es la de una casa. María, sin embargo, no se siente encerrada entre las cuatro paredes. En aquella casa se vive un fuerte dinamismo interior y su corazón está abierto a la novedad sorprendente de Dios. Es allí donde el ángel Gabriel *entró y le habló* (cf Lc 1,28). La Palabra del Señor que María meditaba desde siempre en su corazón, llenando de luz sus jornadas, le llega en lo cotidiano, en lo sencillo y doméstico de la vida ordinaria. Llega a Ella gratuitamente, como novedad absoluta y radical.

El anuncio del designio salvífico de Dios abre su corazón al asombro, le suscita interrogantes. De hecho, su primera reacción es la turbación, no por incredulidad, sino por el estupor de la propuesta inaudita de convertirse en Madre del Salvador. Se da una excesiva desproporción entre la grandeza de este anuncio y la posibilidad de cumplirlo. Consciente de su pequeñez, María se acerca al misterio con temor y discreción. ¿Cómo podrá realizarse lo que Dios le pide? Y he aquí la

confirmación: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el que ha de nacer, será santo y se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35).

Surge entonces el sí del amor, el sí de la confianza sin condiciones. No todo está claro, pero ella sabe que puede fiarse. Lo único que debe hacer es abandonarse a la gracia sobreabundante y gratuita que le viene dada.

María recorre un auténtico camino interior, vive un proceso de escucha, de apertura, que culmina en el consentimiento y cambia radicalmente sus proyectos de futuro. De ahora en adelante, la orientación de su existencia estará centrada en la novedad de este anuncio repleto de misterio, pero impregnado de alegría. Las primeras palabras dirigidas a María son, precisamente, una invitación a la alegría porque Dios la ha colmado de gracia. Su maternidad virginal se hace posible sólo en este horizonte.

Si miramos a don Bosco y a madre Mazzarello, nos damos cuenta de que, en su vida, el cambio más fuerte también nace de un anuncio.

Para don Bosco el anuncio parte del sueño profético de los nueve años. Lo recibe del mismo Jesús y acompañado por María. Con ella, su misión, que en un primer momento, lo asusta, se convierte en posible. María lo tranquiliza, lo coge de la mano, le pone la mano sobre su cabeza, le muestra los jóvenes como el campo específico de su empeño misionero y le pide un cambio interior importante: “Hazte humilde, fuerte, robusto”.

A María Domenica, en la experiencia de mayor debilidad después de la enfermedad del tifus, le viene dada una consigna: “A ti te las confío”. Es el momento en que, también para nuestra cofundadora, la vida cambia de dirección, se abren para ella horizontes insospechados, desconocidos, envueltos en el misterio.

Esta consigna la recibimos también nosotras, hoy. Nuestra vocación, como la de María de Nazaret, como la de nuestros Fundadores, está radicada en la gracia anticipada con la que Dios, un día, nos ha sorprendido y nos ha indicado un cambio radical. Viviendo esta llamada nos sentimos acompañadas por la que es Madre y Maestra. Ella, que ha vivido la disponibilidad total a Dios y a sus sorpresas, no se cansa de acompañarnos, a nosotras, sus hijas en el mismo recorrido.

Os invito a meditar, con renovado asombro, la gracia de nuestra vocación, la novedad que nos trae y las llamadas que nos llegan cada día. Éstas son un camino para encontrar a Dios que nos pide generar vida en los jóvenes de hoy; nos llama a lo imposible, dada nuestra pobreza y nuestra pequeñez, pero nos asegura la abundancia de su gracia y nos inunda de alegría: una alegría para compartir en una misión de encuentro y de servicio.

Para vivir el encuentro y ponerse a servir

Caminar con María es encarnar su modo de *ser* y de *servir*; es descubrir en sus gestos y en sus opciones, un estilo inédito que admiramos, hasta tal punto, que nos exige mirarla constantemente para hacer “nueva” nuestra experiencia, haciendo nuestras sus actitudes. Solo así nuestra vida pone de manifiesto la dimensión mariana típica de la identidad de Hijas de M^a Auxiliadora. Todas, pues, estamos llamadas a prolongar en el tiempo la misión de María, que es ayuda previsora y materna sobre todo para las jóvenes y los jóvenes (cf C 4).

Si la miramos a Ella, que está activamente presente en la historia del Instituto y en la vida de cada una (cf C 44), volvemos a creer en la fuerza revolucionaria de la ternura y del afecto: valores exquisitamente humanos que vibran en el corazón de la “Señora de la prontitud”, como la define el Papa Francisco, aquella que sale de su pueblo para ayudar a los otros “inmediatamente” (cf EG, n. 288). El icono del encuentro de María con la prima Isabel es de gran intensidad teológica.

Dos mujeres, dos madres que llevan dentro un misterio inefable, un milagro estupendo, una alegría indecible y en este misterio, ellas viven un profundo encuentro que se hace comunión y solidaridad.

María se convierte, para todas nosotras, en maestra de vida y nos enseña el valor y la fecundidad del encuentro. De hecho, su primera decisión después del anuncio es un viaje que emprende con determinación, con audacia y con plena libertad. Ciertamente, no sin cansancio y sacrificio, a través de los caminos montañosos que llevan de Nazaret hasta Ain Karim. Un recorrido orientado todo él a vivir una experiencia de la cuál brota el bellísimo e inigualable canto del *Magnificat*.

Muchos son los aspectos que nos presenta esta página bíblica y que son objeto de contemplación en un tiempo que nos prepara a la solemnidad de María Inmaculada.

El *encuentro* entre María e Isabel, con todo lo que ese significa, puede “hablar” a nuestra vida cotidiana y transformarla, hacer que se convierta en servicio que se entrega con alegría.

Mientras el sí a la anunciación tiene lugar, me atrevo a decir, de forma privada, el encuentro con Isabel sucede en un espacio abierto y dentro de una familia, por tanto, rico de afecto, de ternura, de humanidad, de bendición, de escucha. *Anuncios* y *encuentro* son la atmósfera adecuada para el advenimiento de Dios también hoy.

En este sentido, me vienen a la memoria experiencias significativas vividas en los encuentros con muchas hermanas, seglares adultos y jóvenes, que sienten la presencia de María y la invocan sinceramente. Al mismo tiempo, he percibido en estas personas, la llamada, a veces no escuchada o desatendida, que reclama cercanía, escucha, relaciones humanizadoras, comprensión, ternura. Gestos que pueden curar tantos sufrimientos y heridas, porque son pequeños retazos del amor de Dios.

Con sencillez comparto con vosotras lo que llevo en el corazón, consciente de que no es posible agotar aquí todo lo vivido en los diferentes encuentros. Estoy convencida de que el Espíritu Santo encontrará espacio para hacer en vuestra vida “anuncios” cotidianos, a veces imposibles de comprender, pero que se vuelven realizables por la gracia de Dios que no nos abandona y nos hace disponibles al encuentro con los otros.

En todas nosotras existe el deseo de que las relaciones comunitarias, los ambientes, reflejen el auténtico *rostro mariano* y esto pueda irradiarse en la realidad social y eclesial en la que trabajamos. Ahora bien, ¿cómo hacer actual nuestra relación filial con María y ser, con Ella y como Ella, misioneras que llevan vida?

Cada día somos llamadas a *ir hacia* Ayn Karim, es decir, a lugares y situaciones cotidianas, como la comunidad, los jóvenes, los desafíos, siempre nuevos, del entorno. Frente a estas realidades, María nos enseña a no “vivir precipitadamente”, sino a ir “con solicitud” a servir a Dios en los que pasan necesidad, especialmente la mujer joven, con frecuencia privada de su dignidad, que sufre abusos, que no es reconocida ni valorada en sus peculiares posibilidades; con frecuencia, no se le permite ser una presencia influyente y significativa en la vida social, económica, política, eclesial.

No podemos permitirnos demoras. María no duda, no se detiene. Su actitud nos invita, también a nosotras, a entrar en acción con coraje, yendo contra corriente, llevando, como Ella, todo lo que tenemos de mayor valor y que nosotras mismas hemos recibido: Jesús, su Evangelio, su predilección por los más pobres, excluidos, alejados de la sociedad, olvidados.

Quizás son los más lejanos geográficamente pero, con frecuencia, son personas próximas con las que compartimos valores, esperanzas, cansancios, éxitos y fracasos. Cada encuentro es un desafío que nos permite revisar la calidad de nuestras relaciones y nos llama a compartir lo que somos y tenemos. Ya sean personas de la misma comunidad, jóvenes, vecinos de casa, inmigrantes; se trata, en cualquier caso, de encuentros con culturas y mentalidades distintas, frente a las que estamos llamadas a acercarnos de puntillas, con respeto, escucha, comprensión, estima.

El Papa Francisco nos invita a vivir la *mística del encuentro* como “lugar de Evangelio”. Para vivir el encuentro como “mística” es preciso, sin embargo, que garanticemos un tiempo para Dios y estemos atentas para que no esté demasiado lleno de cosas, de actividades, de palabras. Un tiempo en el que se escucha en actitud de profunda “simpatía”, donde hay preocupación por el mundo y por la persona humana, donde el diálogo desemboca en un auténtico servicio, donde la acogida, el respeto, la ayuda recíproca, la comprensión, el perdón y la alegría, construyen verdaderas comunidades, donde se da un compromiso común por vivir relaciones humanas auténticas, gratuitas (cf Documento CIVCSVA, *Escrutad*, n. 13).

Todas necesitamos revisarnos sobre estos aspectos para superar la cultura de la indiferencia, el individualismo, la autorreferencialidad y para contribuir a una cultura del encuentro, que se convierta en estilo de vida tras las huellas de María. ¿De qué modo podemos vivir los diferentes encuentros de la jornada como “nuevas anunciaciones”? ¿cómo hacer actual en las comunidades y con los jóvenes

el estilo de María, para que nuestros encuentros no sean superficiales, sino que despierten vida y esperanza?

Para hacer crecer la alegría en los jóvenes

Acoger los anuncios cotidianos y provocar encuentros como acontecimientos de vida nos permite recorrer como María, los caminos de la alegría.

Cuando reflexionamos sobre la alegría, en clave evangélica, nuestro pensamiento corre espontáneamente a Caná donde hay una fiesta de bodas: lugar de alegría en el que el amor celebra su fiesta (cf Jn 2,1-11). Es un acontecimiento en el cuál Jesús hace el primer signo: faltó el vino y he aquí que las seis tinajas de agua rebosan de vino de primera calidad, gracias a la intervención solícita de María, la Madre atenta, sabia, capaz de dejarse implicar y suscitar colaboración.

Los invitados son muchos, pero sólo Ella se da cuenta de que la alegría de la fiesta corre peligro. Ve y comprende la contrariedad de los novios, por eso, con realismo y discreción, interviene: «Ya no les queda vino» y decide confiárselo a su Hijo con materna insistencia para salvar la alegría de aquellos nuevos esposos.

María no es la única protagonista, como no lo son los siervos, sino que juntos son presencias indispensables para el éxito de la fiesta.

Este estilo mariano de intervenir es para nosotras motivo de reflexión sobre tantas “tinajas vacías” que esperan ser llenadas del “buen vino” que transforma la vida y la llena de esperanza. Muchos jóvenes, hoy, son como una “tinaja vacía”, apesadumbrados por el sinsentido, la soledad, el abandono, sin puntos de referencia en un contexto marcado por el relativismo y la carencia de valores.

Preguntémonos: ¿Cómo poner “vino nuevo” en su existencia? ¿cómo llenar sus “tinajas” de alegría y esperanza para que desaparezcan la tristeza, el desaliento, la desconfianza en la vida?

El próximo Sínodo con el tema: *“Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”* es un don providencial para acompañar a los jóvenes en su camino existencial, para que puedan descubrir su proyecto de vida y realizarlo con alegría, abiertos al encuentro con Dios y con cada persona, participando así en la construcción de una nueva humanidad.

En su carta a los jóvenes, con ocasión de la presentación del Documento Preparatorio de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos 2018, el Papa Francisco concluye con esta declaración dirigiéndose a los jóvenes: «A través del camino de este Sínodo, mis hermanos obispos y yo, queremos “acrecentar vuestra alegría” (2 Cor 1,24). Os confío a María de Nazaret, una joven como vosotros, a quien Dios dirigió su mirada amorosa, para que os coja de la mano y os guíe hasta la alegría de un “Heme aquí” pleno y generoso (cf Lc 1,38)».

Es un camino que nos compromete, como educadoras llamadas por carisma, a suscitar vida y comunicar alegría. Es una llamada a entrar con valentía en la complejidad donde viven los jóvenes, para comprenderles en sus auténticas necesidades, esperanzas, sueños, deseos de felicidad. No nosotras solas, sino con los mismos jóvenes, buscando *juntos* caminos adecuados para recrear espacios donde puede florecer la vida.

En el CG XXIII los jóvenes presentes nos han dicho: «Dadnos confianza para proyectar juntos los cambios: consideradnos interlocutores protagonistas y no sólo destinatarios, creando espacios de diálogo para vivir el mandamiento del amor con espíritu de familia... La clave para llegar a ellos [otros jóvenes] somos nosotros, los jóvenes. Haced que no nos sintamos huéspedes, sino hijos en la casa de Dios, en vuestras casas» (Actas CG XXIII, n. 18). Estas afirmaciones han inspirado el subtítulo de las Actas del CG XXIII: *Con los jóvenes, misioneras de esperanza y de alegría*.

¡Cuántas veces hemos repetido que los jóvenes no son sólo destinatarios de nuestra acción educativa, sino que han de estar plenamente implicados, con nosotras, en su mismo camino de crecimiento y a la búsqueda de su proyecto de vida!

Alegría, amor, plenitud de vida, expresan la meta de nuestra misión educativa. Es el espacio para “anunciar” la buena noticia en los diversos contextos culturales, sociales y religiosos. Y esta noticia es buena porque es portadora de alegría y de esperanza, sobre todo, en las situaciones más difíciles.

Somos conscientes de que, con la fuerza y la luz del Espíritu Santo, hemos de hacer resplandecer en nuestra vida estos valores para ser educadoras capaces, no sólo de amar, sino de *hacer ver* que se ama con el rostro de la alegría.

Para ello es fundamental dejarnos acompañar por María. Llevémosla a casa, entremos en una relación cada vez más profunda con Ella, para que con su ayuda, los caminos que parecen inviables, se conviertan en posibles; y esto es lo que deseamos para nuestras comunidades y para los jóvenes. Son los senderos de la esperanza y de la alegría los que, a pesar del cansancio cotidiano, nos hacen ser “mujeres en camino”.

Queridas hermanas, os transmito profunda gratitud por vuestra vida donada en el espíritu del *da mihi animas cetera tolle*, en atención a las personas y a las situaciones más necesitadas de apoyo, consuelo y amor gratuito.

María nos ayude a ser sensibles hacia los migrantes que hoy, en tantos lugares del mundo, se encuentran sin casa, sin horizonte de futuro, sin la experiencia de una acogida confiada y generosa. Como Instituto, estamos llamadas a actuar concretamente a través de opciones evangélicas, valientes, creativas, también con relación al papel de la mujer, ampliando espacios para una presencia femenina que influya más en la sociedad compleja de hoy, caracterizada por la pluralidad y la globalización. Nos anima, en este sentido, la palabra del Papa Francisco: «Hay tantas y tantas mujeres que en las tareas llevadas a cabo en la vida cotidiana, con dedicación y conciencia, a veces con valentía heroica, han desarrollado y hacen buen uso de su genio, de sus rasgos valiosos en las más variadas, específicas y cualificadas competencias unidas a la experiencia real de ser madres y formadoras» (Papa Francisco a los participantes en la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, 9 junio 2017).

Es la finalidad a la que debe tender nuestra acción pastoral, especialmente en el proceso de orientación vocacional, para educar a los jóvenes a discernir el designio de Dios sobre su propia vida y a asumirlo como una misión: un camino que les hace abiertos y sensibles a los grandes desafíos de nuestro tiempo y capaces de contribuir con competencia y espíritu evangélico, al desarrollo de una sociedad que responda mejor a las esperanzas de la persona humana (cf C 72).

Concluyo con el deseo de unas santas fiestas para la solemnidad de la Inmaculada y de Navidad. Quiero hacerlo extensivo también a vuestras familias, al Rector Mayor don Ángel Fernández Artime, a todos los hermanos salesianos, a los miembros de la Familia Salesiana, a cada persona que comparte con nosotras el compromiso educativo y el anuncio del Evangelio de Jesús. Una felicitación particular a las familias, a las jóvenes y a los jóvenes abiertos a la esperanza o que viven momentos de dificultad.

María, Virgen del sí, Madre del Verbo encarnado, interceda en este tiempo de gracia para que en todos los pueblos triunfe la paz, la justicia, la esperanza.

¡El Señor os bendiga!

Roma, 24 de noviembre de 2017



Aff.ma Madre